

res. He aquí palabras que me gusta citar y que muestran en qué punto de vista la parte sana del clero rechaza en una época bastante antigua la solidaridad de la intolerancia. Fueron pronunciadas solemnemente en 1625 en nombre de los diputados de todo el clero francés: “Si el poder de la tierra atacaba, la perseguía á fuerza de hierro, llamaba de nuevo á los fieles al martirio, ¿que deberíamos hacer para obedecer al espíritu del Evangelio?”

Seria mejor conquistar por la efusion de nuestra sangre la celeste victoria, que perder desenvainando la espada, la gloria de la paciencia cristiana. Nadie puede desaprobar esta máxima que no vitupera al mismo tiempo el ejemplo y el precepto de Jesucristo. Y ciertamente, estos no son cristianos, sino hereges apasionados, que al mas ligero temor por su culto, empuñan las armas, atropellan las leyes, violando todos los derechos y resistiendo de todos modos á las órdenes poderosas de Dios. Que busquen otras leyes que no sean las del cristianismo, aquellos que aman mejor insurreccionarse que sufrir (*satius esse pu-*

*tant rebellare quam pati*). ¡Os ha venido acaso del cielo un nuevo Evangelio para enseñaros á ver como permitido lo que fué prohibido á los apóstoles y á los mártires? ¡La fe al propagarse, ha cambiado en derecho lo que era un crimen en su origen? No, el verdadero cristianismo es siempre semejante á sí mismo; ¡no hay mas que un Evangelio! ¡no hay mas que un cristianismo! ¡aquellos que usan otro lenguaje, cambian su fe, en una inspiracion facciosa, y fundan en la credulidad de los pueblos su orgullo y su dominio!

¡No os parece, señores, mientras que os hablo de esta manera, oír la pura doctrina del Evangelio? Hallo hermoso abrir ese libro consagrado por la admiracion del género humano, no encuentro en parte alguna el espíritu de dominacion v de intolerancia; encuentro en cada página la caridad. Oíd estas palabras de resignacion y de dulzura: “Jesus llamó á los doce apóstoles y les dijo: si alguno de vosotros quiere ser el primero, será el último y el servidor de todos (1).... Porque el hijo del

(1) San Márcos cap. IX v. 34

hombre, él mismo, no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida por la redencion de muchos (1). . . . Despues tomó un niño que puso entre ellos y les dijo: Cualquiera que reciba en mi nombre un niño como este, me recibe á mí (2). . . . Dejad venir á mí los niños, porque el reino de Dios es para aquellos que se les parecen. (3).

Jesus muere en la cruz perdonando á aquellos que le dan muerte. “Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, crucificaron á Jesus entre dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, y Jesus decia: ¡Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

Dejadme, señores, á mí filósofo, á mí libre pensador, prolongar esta lectura. No tenemos de que sonrojarnos de estas máximas del Evangelio, porque nosotros no hemos provocado jamas las venganzas; no hemos apelado al poder contra aquellos que no participaban de nuestras doctrinas; no

(1) Ib., cap. X v. 45.

(2) Ib., cap. IX v. 35 36.

(3) Ib., cap. X v. 14

hemos revivido las querellas religiosas y tratado de agobiar la paz de las conciencias.

He aquí en dos palabras toda la moral del Evangelio: “Haced á otro lo que quiérais que os hicieran á vosotros mismos; ¡si no amais mas que á aquellos que os aman, cuanto os lo agradecerán, puesto que aquellos que llevan una vida estraviada aman tambien á aquellos que los aman! ¡y si hacéis bien á aquellos que os lo hacen, cuanto os lo agradecerán, puesto que los que llevan una mala vida hacen otro tanto! . . . He ahí porqué debeis amar á vuestros enemigos, haced bien á todos y servid á los demas sin esperar nada de ellos, y entonces vuestra recompensa será grande y sereis los hijos del Altísimo, porque es bueno para con los ingratos y aun con los malvados; sed pues misericordiosos como lo es vuestro Padre; no juzgueis y no sereis juzgados. (1) ”

Escuchad aún las mismas doctrinas. “Amareis al Señor vuestro Dios con todo

(1) San Lucas cap. VI, v. 31, 32, 33, 35, 36, 37.

vuestro corazon, con toda vuestra alma, y con todo vuestro espíritu. Este es el primero y mas grande de los mandamientos y aquí tenéis el segundo, que es semejante á aquel: Amareis á vuestro prójimo como á vos mismo. Toda la ley de los profetas se encierra en estos dos mandamientos (1) ”

Y aún: “Hijos míos, no me resta sino poco tiempo de estar con vosotros. . . . Os doy un mandamiento nuevo, el cual es, que os améis los unos á los otros como os he amado (2) ”

Me parece en verdad, que es preciso cerrar los ojos á la luz para no ver otra cosa en el Evangelio mas que una constante predicacion de la caridad; que es preciso amar la contradiccion para llamar todos los dias el odio y la violencia, cuando se ve el Evangelio como la palabra misma de Dios, y cuando se hace profesion de practicar las máximas

Léamos juntos, señores, el capítulo en que Jesucristo estableció su Iglesia, y véa-

(1) San Mateo cap. XII, v. 37, 38, 39 y 40.

(2) San Juan cap. XIII, v. 33, 34.

mos si autoriza el uso de la fuerza. Aquí tenéis sus palabras que se nos citan diariamente, y de las que es preciso saberse penetrar puesto que siempre se vienen á la boca: “Yo, os envío como carneros en medio de lobos. En toda casa en que entreis, decid antes: La paz sea en esta casa (1) ”

Y en otra parte: “Simon, hijo de Juan (este es San Pedro), me amais mas que los demas!..... él le respondió: sí Señor, sabeis que os amo. Jesus le dijo: “Apacentad mis ovejas.”

De nuevo le preguntó: “¿Simon, hijo de Juan, me amais?” Pedro le respondió: “Sí, Señor, sabeis que os amo.” Jesus le dijo: “Apacentad mis ovejas”

“Le preguntó por tercera vez: “Simon, hijo de Juan, me amais.” Pedro fué conmovido á esta tercera pregunta: “Señor vos lo sabeis todo; vos conocéis que os amo. Jesus le dijo: “Apacentad mis rebaños. (2) ”

Es la misma doctrina que San Pablo repite en sus *epístolas á los romanos*: “Ben-

(1) San Luc. cap. X, v. 3 y 5.

(2) San Juan cap. XXI, v. 15, 16 17.

decid á aquellós que os persiguen. . . . .  
Haced bien cuando os hicieren mal. Cui-  
dad de hacer el bien, no solamente ante  
Dios sino ante los hombres. . . . No os ven-  
gueis, caros hermanos míos; contened vues-  
tra cólera, porque está escrito: La vengan-  
za está reservada para mí, y soy yo quien  
os vengará, dijo el Señor (1). ”

XV

Sabeis, señores, que si continuara bus-  
cando todas las palabras de amor no con-  
cluiria, y os leeria todo el Evangelio. Qui-  
siera irlo á leer en los lugares donde se  
reunen los doctores de la intolerancia. ¡Ah!  
les diria yo, he aquí el libro que teniais en  
vuestras manos, he aquí la doctrina que po-  
dríais predicarnos, á nosotros mundanos, á  
nosotros incrédulos; he aquí la fuerza que  
teniais para conquistar las almas; y en lu-  
gar de esta dulzura y de esta bendicion, en

(1) San Pablo á los Romanos, cap. XII, v. 14, 17,  
y 19.

vez de esta voz venida del corazon y que  
hubiera encadenado á todos los corazones,  
vais á levantar en el cielo la bandera de la  
Inquisicion y de las guerras civiles! Vo-  
sotros no haceis oír mas que palabras de  
odio, maldiciones, amenazas! Cuando te-  
neis en vuestras manos el Evangelio ape-  
lais á él por fuerza.

No vacilo en decirlo en esta ciudad cris-  
tiana; si el cristianismo fuera tal como los  
fanáticos nos lo representan, seria preciso  
renunciar el cristianismo; pero como es to-  
do al contrario, amor, perdon, misericordia,  
tiene derecho al respeto y á los homenajes  
de todos. Nosotros, enemigos de la into-  
lerancia, defenderemos el cristianismo con-  
tra vosotros. Plegue á Dios que por falta  
vuestra no tengamos otros enemigos de  
que defenderla.

Señores, pronuncio estas últimas pala-  
bras con tristeza; pero no me es posible de-  
jarlas de decir antes de concluir este dis-  
curso. Toda intolerancia atrae otra. Un  
partido perseguido que triunfa se vuelve  
perseguidor á su vez, porque se vengá. Es  
por esto que hemos visto á la Convencion,

infiel á sus propios principios, proscribir el catolicismo en represalia de la Inquisicion, de los sucesos de San Bartolomé, de la revocacion del edicto de Nantes, y de los diezmos. No vayamos tan lejos; véamos nuestra historia. Los mas jóvenes de entre nosotros han visto dos revoluciones populares. La primera, aquella de 1830, venia despues de quince años de intolerancia y de dominio clerical. La Restauracion habia creado un lugar de los obispos en la cámara de los pares; habia escrito en la carta el principio de la religion de Estado, habia llamado á los obispos á sus consejos; habia hecho la ley del sacrilegio; habia cubierto la Francia de misiones. El pueblo rebelde amenazaba á los sacerdotes. Se atribuyeron á ellos las faltas de los reyes. Como los reyes y los sacerdotes se habian unido en el poder se les confundió en la pérdida. Los primeros años del gobierno de Julio fueron marcados por la devastacion de San German l' Auxerrois y el saqueo del Arzobispado. Cuando todo volvió al orden la Iglesia se alejó de la política y volvió á su ministerio. Se ocupó es-

clusivamente en buenas obras. Dejó casi siempre á los laicos, representar el primer papel en la cuestion contra la Universidad y para ella no sin sentirlo, puede ser, pero con resignacion y firmeza renunció á la política militante. ¿Qué sucedió? Cuando una nueva revolucion derribó á todos los poderes establecidos y dejó á la poblacion dueña de sí misma, al dia siguiente de una victoria, el culto fué por todas partes protegido y respetado; la gente de las barricadas pedia las oraciones de la Iglesia en favor de los muertos; pidieron su bendicion para los árboles de la libertad. Ahí teneis los dos ejemplos que hemos visto y que todos deben meditar, los unos para resignarse á la tolerancia, aunque no sea mas que por el instinto humano, y los otros, para decirse que si alguna vez la libertad de conciencia tiene necesidad de ser defendida de otro modo á mas del de la discucion, deben estar prontos á defenderla, aún cuando sea en favor de aquellos que hoy la atacan.

Si pudiera dar un consejo á nuestros adversarios les diria. “Sois poderosos hoy; pero suponeos vencidos y oprimidos: ¿cual

será vuestro asilo! Su asilo, señores, será la libertad y la invocarán con fuerza. Que sepan pues, ser prudentes hoy, para no aventurarse á ser algun dia inconsecuentes. Antes morir que envilecerse, señores, porque ¿para qué es hablar en mi nombre, cuando tengo bajo la mano una autoridad que no será de fé dudosa á aquellos que combatimos? permitidme repetir las palabras de un obispo. Sus consejos tienen una sabiduría que no es posible dejar de conmoverse al oírlos. Cito aquí el testo: “El medio mas eficaz para no considerar hoy la religion en el espíritu de los pueblos, sería ciertamente el ponerla políticamente en favor. Desde el dia en que sus ministros tuvieran, como tales una accion directa en los negocios del gobierno, ó los poderes públicos serian, como tales, legalmente obligados á hacer publicamente ciertos actos de fé, ó las leyes de la Iglesia serian como tales impuestas por las leyes del Estado, ó la práctica de los deberes religiosos seria como tal una condicion exigida para obtener ciertos cargos en el Estado; desde el dia en que estuvieran bien seguros, la religion se con-

vertiria en el objeto de una animadversion que seria imposible contener, ó calcular los resultados que pueda tener.”

Estas palabras son de Monseñor Parisio, obispo de Arras y de Boloña, y añade: “En el caso de que se intentara dar civilmente al coticismo la autoridad superior, dominante y siempre esclusiva en aquellos que pertenece á la verdad venida de Dios, se provocarian ciertamente nuevas é incalculables revoluciones, seguidas de reacciones terribles contra el catolicismo mismo.”

## XVI

Ahora, señores, demos una revista concisa del curso que hayamos seguido en nuestras conferencias. Hace dos mil años, nada estaba vivo en el mundo; la Grecia perecia bajo los golpes de Roma; Roma, dueña del mundo, se humillaba y sobajaba ante un emperador. Las leyes perdian su fuerza; las castumbres su santidad; la filosofía degeneraba en luchas frívolas; la religion pa-

gana compadecía aún á sus sacerdotes. El cristianismo trajo á esta sociedad estinguida su símbolo profundo y sencillo, su moral austera, y el dogma de la fraternidad universal. Todos los oprimidos corrieron á la religion que los restablecía y los salvaba. Acogieron sus enérgicos preceptos como un refugio contra la disolucion y el disgusto que reinaba en todas las almas. Roma creyó correr un inminente peligro y se defendió con las armas. Hubo por espacio de tres siglos una gran lucha, como la historia jamas habia visto otra entre la fuerza y el pensamiento. En ella triunfó el pensamiento. Despues de haber enrojecido todos los pretorios con la sangre de los mártires, el cristianismo conquistó el alma de Constantino y desde ese momento tuvo en la mano el poder imperial. El imperio cayó, la sociedad romana fué disuelta, las hordas bárbaras descendieron de todos los puntos del horizonte; se fabricaron reinos en las provincias del imperio, hicieron sus constituciones, establecieron derechos y costumbres; tuvieron sus guerras intestinas, sus batallas sangrientas, sus proscripciones y

sus grandes hombres. Solo el cristianismo permaneció firme siempre, semejante á él mismo, con el mismo símbolo, la misma disciplina, la misma gerarquía; dueño de los reyes bárbaros como lo habia sido de los emperadores, única ligadura visible entre el mundo que habia desaparecido y el mundo que se organizaba, guardando el depósito de la civilizacion y de la moral; pero guardándolo con un cuidado celoso y no permitiendo al pensamiento humano emanciparse.

Ni sabia ni queria disputar; no sabia mas que reinar. Tenia predicadores para los fieles, jueces y hogueras para los incrédulos; era intolerante sin piedad y sin remordimientos, porque veía la libertad como una quimera y un peligro. Se engrandeció por las trabas con que la recargaban; tuvo por toda la tierra sus mártires y sus campos de suplicio, como otras veces el cristianismo, cuando luchaba por la fe contra el poder romano. La libertad se llamó antes heregía. Los calabozos y las hogueras ayudándola, así esa heregía hizo su camino y se llamó la filosofia. Todavía hubo algu-

nos siglos de guerras religiosas, de proscripciones y de asesinatos, y la filosofía vino á ser la revolucion.

XVII

Habia faltado algun tiempo á la humanidad, señores, para hallarse ella misma. En fin, vedla emancipada, en posesion de su derecho y de su fuerza. La Iglesia misma desembarazada de las pasiones de la edad media, llamada á su principio, comprendiendo, en fin, que la doctrina evangélica puede carecer de hogueras para dominar el mundo, reemplace los inquisidores con los apóstoles. ¡Es este el momento de respirar! ¡Está vencida la intolerancia para siempre! ¡No lo creais! Las conquistas de la revolucion subsisten aún, puede ser, en el campo de batalla revolucionario; pero en todos los alrededores, la intolerancia se levanta, el fanatismo vuelve á hacerse de su fuerza; la guerra á la libertad, al pensamiento, á la razon, continúan, ¡Está fun-

dato este reino sobre la iglesia católica? ¡Forma una ley del Estado para oprimir á aquellos que no pueden humillar su pensamiento ante la infalibilidad del papa! ¡Se ha establecido esto otro sobre la doctrina de Lutero! Obliga á todos los espíritus por su constitucion, á sufrir la autoridad de Lutero. Las ciudades de Alemania, los cantones de la Suiza se dividen entre millares de sectas, y cada una desde que se instala sobre una superficie de algunos centenares de leguas, se pone á proscribir á las otras. No se permite ser protestante en Nápoles ó en España; sufren los católicos en Suecia y en Polonia; un judío en Roma, en Bohemia, es tratado como esclavo. He ahí la libertad del siglo XIX.

Pero no, señores, no calumniemos nuestro siglo y la humanidad. Todas estas constituciones que amenazan ruina y que algunos fanáticos se esfuerzan en apuntalar, afligen mas la vida del filósofo; pero estos son los restos que existen de un mundo que no es mas; el espíritu moderno se agita por todas partes para hacerlos desaparecer del suelo. La exclusion de los israelitas del

parlamento británico, no tiene mas que á una imperceptible minoría refugiada en la cámara de los lores. y contra la cual protesta el resto de la nacion. En Prusia la mocion de M Wagener es desdeñosamente rechazada como cosa inútil. En Suecia, es el rey mismo quien quiere derogar la ley de 1687. En Rusia, el mismo emperador abolió el Ghetto de Moscou, y permitió á los católicos el esperar. En Bélgica . . . veos todos, señores, reunidos alrededor de esta tribuna, para protestar que la intolerancia no echara mas raices sobre la tierra de la libertad.

La intolerancia está tan lejos de nuestras ideas y nuestras costumbres que, cuando ha comenzado á renacer entre nosotros no ha escitado mas que la admiracion y no la cólera, ha hecho progresos rapidos, porque se ha aprovechado de nuestra indiferencia misma, estos sucesos les serán funestos; en un porvenir próximo lo que queda en Europa de leyes restrictivas de la libertad de conciencia, será para siempre anonadado. Deseemos, señores que todos los gobiernos y todos los pueblos se comprendan por el

complemento de esta grande obra; y que los principios tan gloriosamente conquistados por nuestros padres reciban de nosotros su última sancion práctica. La libertad no es solamente el instrumento de las mejoras sociales, es la condicion necesaria de la paz. Otras veces pedian la paz á la opresion; hoy es la libertad sola quien puede darle, y he ahí la verdadera grandeza de nuestro tiempo.

### XVIII

Os dejo, señores, pero antes de separarnos, permitidme felicitaros por el celo que habeis demostrado por la santa causa de la libertad de conciencia. Acabais de honrar para siempre vuestra ciudad combatiendo en las primeras filas por esta causa que es la del progreso y del porvenir, como vuestros antepasados se han hecho ilustres combatiendo por las libertades comunes, que hacen la fuerza y que aseguran la duracion de vuestra nacionalidad. Os agra-

dezo con todo mi corazon el haberme llamado entre vosotros, el haberme asociado á vuestra obra. El espectáculo que me habeis presentado ha sido para mí una enseñanza, acordaos para siempre que estamos; ligados á la causa del pensamiento libre, y que debemos defenderla en todo tiempo, á cualquier costa, contra nuestros enemigos y aún contra nuestros amigos; si algun dia, por una inconsecuencia de que ya hay algunos ejemplos, los defensores de la libertad se convertirian contra ella.

Espero que ninguna de mis palabras se habrá separado de la línea que nos habíamos propuesto seguir, y que al atacar la intolerancia no lo haya yo hecho con alguna doctrina particular; el objeto de un filósofo no es el de promover la guerra, no debe vengar á la filosofia, debe enseñarla, y es lo bastante. Nuestros principios, señores, son los principios de la paz y de la libertad; no tememos el exámen, la discusion, la publicidad, la luz; lejos de eso, estamos siempre dispuestos á las luchas pacíficas, prontos á profesar nuestras doctrinas y á defenderlas; prontos á responder en las acade-

mias y en las plazas, ante los sábios y ante el pueblo. Indudablemente me es muy satisfactorio encontrarme aquí en medio de una sociedad la mas escogida, con la cual estoy de acuerdo en sentimientos y en pensamientos; ¡pero qué no daria yo para poder hacer oír mi voz entre los trabajadores, entre los ignorantes, entre los pobres, para enseñarles los imprescriptibles derechos de la conciencia y de la razon; para llevar hasta ellos estas verdades que trasforman el espíritu é inflaman el corazon, y que son para las almas lo que para los ojos del cuerpo la luz vivificante del sol! ¡Oh, Dios mio! ¡Dios de paz y de libertad, bendeedid nuestros esfuerzos en vuestra propia causa: que todos los que me escuchan y que me inspiran, sean de hoy en mas, los apóstoles de la libertad de conciencia; que le sean fieles para siempre, que la honren con su moderacion y prudencia, y que tengan presente, sin olvidar lo nunca, que para ser dignos de la libertad, es preciso saberla respetar, aun en aquellos mismos que la maldicen.

FIN